

Enrico Berti. Las razones de Aristóteles.

Traducción de Horacio A. Gianneschi y Maximiliano Monteverdi. Editorial Oinos. Buenos Aires, 2008. 1ra edición. 184 páginas.

Translated by Horacio A. Gianneschi and Maximiliano Monteverdi. Editorial Oinos. Buenos Aires, 2008. First Edition, 184 pages. Book review by Hernán Borisonik.

Reseña bibliográfica de Hernán Borisonik *

Fecha de Recepción: 8 de Septiembre de 2011
Fecha de Aceptación: 12 de Septiembre de 2011

Palabras

clave: *Aristóteles – racionalidad – Berti.*

Keywords: *Aristotle – rationality – Berti.*

Enrico Berti es, con certeza, uno de los más célebres lectores contemporáneos de la obra aristotélica, que aún continúa aportando nuevas perspectivas y claves que permiten seguir dialogando con Aristóteles, rasgando a cada momento el peligroso barniz que amenaza con alejar a los clásicos del pensamiento político de las discusiones actuales. Al contrario, la obra de Berti es una constante invitación a repensar y visitar al Estagirita, poniendo en acto el dinamismo que caracteriza a todo su ideario.

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Universidad de Buenos Aires (UBA), Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG), Argentina.
Correo electrónico: hbori2@yahoo.com

Las razones de Aristóteles es el producto de una serie de cinco conferencias que el pensador italiano dictó en el Instituto de Estudios Filosóficos de Nápoles durante junio de 1988, y que se han vuelto una herramienta fundamental para repasar las diversas formas en las que la racionalidad aparece conceptualizada en Aristóteles. Según el propio Berti, la intención del libro es enfatizar la contribución del pensador griego al tan vigente debate acerca de la supuesta *crisis de la razón*, su valor, sus límites y la posibilidad de reconocer diversas formas de la racionalidad, haciendo hincapié en la diversidad de sus usos más que en su definición conceptual como facultad o disposición. Berti sostiene que la cuestión de la racionalidad se encuentra hoy en el centro del debate filosófico y que no es otro que Aristóteles el que puede aportar el material más amplio y sistemático para explorarla en sus diferentes usos. En ese sentido, un aspecto interesante del libro es el cuidado con el que su autor contrasta y polemiza con las interpretaciones modernas más relevantes acerca de cada una de las formas de racionalidad planteadas.

Frente a la moderna y extendida concepción de la razón, asociada, por un lado, al deductivismo científico y, por el otro, al subjetivismo y el utilitarismo, Berti se propone desandar ciertos caminos y tradiciones que no han hecho más que limitar a la potencia de las meditaciones aristotélicas. Por ello, y mostrando un enorme dominio del *corpus aristotelicum*, Berti vuelve a hacer foco en los textos de Aristóteles para darles vida recuperando la riqueza y la polisemia que el Estagirita ha legado.

Precisamente, Berti sitúa en las formas racionales no reducibles a la lógica deductiva el verdadero método aristotélico, tema que atraviesa a todo el texto con notas muy sugestivas. Ejemplo de ello es la contundente justificación del valor del método de la filosofía práctica (asociada, por supuesto, con la política), que, si bien no logra alcanzar la universalidad de las matemáticas, permite obtener conclusiones cuyo estatus es absolutamente científico. En pocas palabras, en Aristóteles se hallan diferentes modos racionales de ser (así como diversos *logos* o discursos racionales, que portan formas características de rigor y conclusividad, pero con un mismo grado de validez):

desde aquellos cuasi divinos, hasta los que son apenas más complejos que las pasiones animales.

Siguiendo tal ordenamiento, Berti presenta cuatro formas generales en las que la razón se encarna en los escritos del Estagirita: la ciencia apodíctica, la dialéctica (que -se verá- afecta a diversas clasificaciones, según sea aplicada a la física, la metafísica o la ciencia práctica), la *phrónesis* y la *tekhne*. Cada una de ellas exhibe una metodología y, en casi todos los casos, subdivisiones que le son propias.

En primer lugar, entonces, se presenta la ciencia apodíctica, es decir, demostrativa, que es un tipo de racionalidad asociado a aquellas cosas que ocurren necesariamente. Es una forma vinculada al pensamiento teórico, que supone un mundo ante el cual los hombres sólo pueden comprender y explicar (vale decir, se preguntan por el “qué” y el “por qué” de lo existente), sin poder controlarlo ni modificarlo. El método privilegiado de esta racionalidad es la demostración y la deducción, a través de silogismos científicos, de la verdad y la necesidad de las conclusiones. Si bien esta es la racionalidad más “fuerte”, a nivel metodológico es, al mismo tiempo, limitada en cuanto a sus alcances, dado que no aporta información al mundo ni puede explicar los principios sobre los cuales se fundamenta. Al respecto, una característica cardinal de esta primera expresión del *logos* es su unilateralidad. Berti subraya que el discurso demostrativo es un monólogo y que sus explicaciones se relacionan directamente con la disposición de una clase, en la que un sabio muestra algo verdadero a quien *todavía* no lo conocía, sin construir conocimiento al momento de transmitirlo. La metáfora escolar sirve también para dejar ver cómo los mencionados principios son difundidos, de modo casi intuitivo, de los maestros a los alumnos.

La segunda forma de racionalidad (la más desarrollada en el libro) es la dialéctica que, como su nombre lo indica, lleva del monólogo al diálogo y al intercambio entre pares. En este caso, el método se vincula con las argumentaciones posibles (y, generalmente, contrarias) que abre una pregunta. Así, se supone también la existencia de un universo conceptual común y de un público –real o no– que haga de árbitro (la dialéctica no existe en soledad). Ya no se busca, entonces, una verdad

absoluta, sino compartida, intersubjetiva. Es esta forma, y no la apodíctica, la que permite a develar los primeros principios, base de todo conocimiento.

La dialéctica se encuentra en el núcleo de tres disciplinas científicas fundamentales para el pensamiento aristotélico: la física, la metafísica y la política. En primer lugar, la física es presentada por Aristóteles como una ciencia más “maleable” (y, consecuentemente, menos “absoluta”) que la matemática, sin que ello le reste valor cognitivo, dado que tal *maleabilidad* responde más al objeto que al fundamento científico de la disciplina: la primera se ocupa de lo que ocurre “generalmente”, mientras que la segunda de lo que sucede “siempre”. Una de las hipótesis más fuertes del libro es que incluso los fenómenos físicos son resueltos, por Aristóteles, a través del *logos*, es decir, de la expresión y la comunicación humanas, concibiendo a la racionalidad en su dimensión comunicativa y no como modo abstracto del pensamiento en el vacío.

La segunda expresión de la dialéctica se encuentra en la metafísica, es decir, en la ciencia de los primeros principios, entre los cuales se encuentra lo que Berti llama “el Dios de Aristóteles”. En este caso, el autor profundiza en la caracterización de la dialéctica como método para desarrollar y desanudar aporías, cuestión que determina gran parte de las preocupaciones aristotélicas. Aquí la tesis bertiana es que no es posible el avance en materia metafísica sin la presencia de, al menos, dos tesis opuestas, cuya contrastación ilumina a la verdad. Esto es, la metafísica utiliza necesariamente el método dialéctico.

En tercer lugar –siempre al interior de la razón dialéctica– aparece la filosofía práctica, la cual presenta una diferencia con respecto al resto de las demás ciencias: la búsqueda de la verdad se ve eclipsada por el intento de transformar la realidad. El objeto de esta disciplina no es la *phýsis* ni lo necesario, sino el *nomos*, aquello modificable (mejorable) a través de las acciones humanas. Así, la *praxis* nunca puede considerarse “neutra” o “a-valorativa”; su fin es vivir una vida más feliz. Berti demuestra cómo aquella, metodológicamente, no se escapa en absoluto del universo dialéctico de la física y la metafísica, dado que, entre otras cosas, es una disciplina que requiere del paso por la experiencia para poder ser llevada a cabo. Entonces, dada su intención

transformadora, la ciencia práctica puede leerse como una forma original, si bien metodológicamente dialéctica, de racionalidad.

Ahora bien, más allá de su cercanía con la filosofía práctica (que habla de los fines políticos), la *phrónesis* constituye un modo absolutamente propio de *logos*, dado que la deliberación se aplica a los medios, es decir a los casos particulares y no a las generalidades, ni a lo necesario. La prudencia no se establece como ciencia, pero sí como una forma de racionalidad que se basa (a diferencia de la apodíctica y la dialéctica) en las virtudes morales. Su método es el *silogismo práctico*, que incluye en su propia estructura una elección en referencia a una situación particular, en la cual hace falta escoger una serie de medios para alcanzar un fin (proveído por la ciencia política). De modo que, pese a diferenciarse de la filosofía práctica, la *phrónesis* también es prescriptiva.

Finalmente, Berti presenta a la *poiesis*, y particularmente a la retórica, como cuarta forma general de racionalidad, caracterizada como un saber (una *dianoia*) no natural, ni moral, sino vinculada a la producción, y, por ende, a lo universal y a la forma; pero a diferencia de la teoría, la *poiesis* tiene un fin extrínseco, radicado en el bien a producir. Coherentemente con el pensamiento aristotélico (y bertiano), cuyo centro es el *logos*, la *poiesis* más sobresaliente es aquella que produce discursos: la retórica, que es retomada por el italiano y analizada en oposición a la palabra afectiva no-artística.

En resumen, lo que presenta Berti no son rangos más o menos *rigurosos* de racionalidad; son formas particulares, pero todas igualmente válidas. Podríamos pensar, entonces, que así como a cada forma del ser le corresponde una forma del saber, tal vínculo se extiende también a una forma de racionalidad y a un método característico. En todo caso, cabría ver en la matemática a una ciencia en acto y en la filosofía –tanto teórica como práctica– a una ciencia con acto y potencia; es decir, aún no clausurada.